

## El reclamo de las elites: desencanto, desafección y malestar en Chile

POR ALFREDO JOIGNANT

Es una casualidad que el malestar contra las elites haya estallado bajo el gobierno del presidente Piñera, puesto que sus lógicas sociales de incubación se encontraban presentes a mediados de los noventa, pero ¿sabemos, exactamente, de qué estamos hablando cuando aludimos al “malestar”, aquel manoseado término que fue genialmente popularizado por Freud en 1929?

En 2011, por diversos motivos, la reflexión sobre las elites chilenas se ha impuesto como ejercicio casi obligado, tras dos décadas de duradero silencio sobre ellas. En efecto, exceptuando un puñado de trabajos elaborados por historiadores sobre las elites políticas, intelectuales y culturales, el resto de las ciencias sociales se ha mostrado prácticamente indiferente, o si se quiere entre muda y ciega, ante estos grupos de hombres (y unas pocas mujeres) notables bajo algún aspecto, y sobre todo dominantes. Si bien es posible citar, como prueba de interés y de puntual desmentido a la indiferencia, el libro de María Angélica Thumala sobre una fracción religiosa de la elite empresarial,<sup>1</sup> una que otra tesis de grado o de magíster<sup>2</sup> o el reciente libro colectivo que dirigí junto a Pedro Güell,<sup>3</sup> y una década antes el ensayo de Eugenio Tironi en donde las elites son mostradas de modo elíptico, casi en forma de *degradé* respecto de otros grupos sociales,<sup>4</sup> no parece discutible la acusación de renuncia de las ciencias sociales por dilucidar la racionalidad del poder a través del estudio de los agentes que lo detentan.

Del mismo modo en que son muy variadas las razones del silencio de las ciencias sociales (desde el inconsciente del sociólogo que lo lleva a no exponerse a temas y objetos socialmente peligrosos hasta la hiperconciencia en forma de cálculo racional del cientista político que lo conduce a elaborar estrategias de análisis que carecen de riesgo al dar cuenta del reclutamiento o de la selección de un contingentes de agentes, pero no de su actuación), también lo son los motivos del renovado interés por las elites. Formulemos el problema en términos oftalmológicos: si en los noventa y en la primera década del año 2000 primó la miopía o la ceguera ante las elites, a partir de 2010 lo que predomina es una hipermetropía de la dominación ejercida por unos pocos agentes poderosos.

¿Cuáles han sido las condiciones de posibilidad del interés por diseccionar a las elites por parte de sociólogos, cientistas políticos e historiadores, pero también por una prensa más proclive a denunciar el lado rudo de la dominación, y en algunos casos su lado oscuro? En primer lugar, la alternancia en el poder político, lo que supuso una sustitución de elencos gubernamentales que derivó rápidamente en comparaciones y contrastes, desde las edades hasta los oficios, desde la independencia partidaria a formas de militancia empresarial, desde orígenes económicos y sociales muy distintos respecto del período concertacionista 1990-2010 hasta dotaciones inéditas de capital (en todos los sentidos del término) de los agentes gubernamentales. Sin embargo, esta primera condición de posibilidad no pasó de ser un *avant-goût*, un dato de realidad que sólo prefiguraba otras formas de interés por el poder de las elites. Mucho más relevantes han sido algunos escándalos que, una vez ventilados por la prensa, dieron lugar a formas populares de indignación, y en el contexto del largo movimiento de protesta estudiantil, a un verdadero malestar con las elites.

Del malestar con las elites...

A decir verdad, es una casualidad que el malestar contra las elites haya estallado bajo el gobierno del presidente Piñera, puesto que sus lógicas sociales de incubación se encontraban presentes a mediados de los noventa, pero ¿sabemos, exactamente, de qué estamos hablando cuando aludimos al “malestar”, aquel manoseado término que fue genialmente popularizado por Freud en 1929,<sup>5</sup> y que se ha empleado en Chile hacia finales de los noventa<sup>6</sup> y, una vez más, en la segunda década de este siglo? Arriesguemos una hipótesis con un tinte de evolucionismo, aunque lo suficientemente sugerente para no apreciar resultados acumulados a lo

**Alfredo Joignant.** Cientista político. Autor de *Un día distinto: memorias festivas y batallas conmemorativas en torno al 11 de septiembre en Chile (1974-2006)*. Coeditor de *Notables, tecnócratas y mandarines: elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*.

largo de tres estados *distintos* de disconformidad. Es durante el gobierno del presidente Aylwin (1990-1994) que se pudieron observar los primeros signos de *desencanto*, en este caso con la política, sus instituciones y reglas. Es en aquel período cuando comienza a declinar la vida militante de los partidos, así como el clásico indicador de identificación partidaria y con coaliciones, lo que además se traduce en el inicio, en 1993, de una brecha (desde entonces nunca colmada) entre ciudadanos inscritos en los registros electorales y la población en edad de votar: mientras que la primera población comienza a aumentar de modo sumamente marginal (dibujando una verdadera línea plana en términos estadísticos), la velocidad de crecimiento de los no inscritos es varias veces superior.

Tras el *desencanto*, cuyo contraste es evidente con la promesa de campaña de 1988 que era por definición imposible de cumplir (“la alegría ya viene”) y después también, es la *desafección* la que comienza a imponerse tanto en política como en las relaciones interpersonales hacia finales de la década. Es a esta forma de mal democrático del cual hablan los intelectuales mediáticos sin precisar las fronteras de la patología, ni menos señalar que se trata de un rasgo constante del funcionamiento de innumerables democracias representativas, a la que aluden varios indicadores: desde la posible variación de la magnitud de la votación en blanco y del abstencionismo hasta la desconfianza hacia la política que es registrada por las encuestas de opinión, la que incluso puede adoptar una fisonomía de hostilidad. Sin embargo, en el caso chileno fueron dos los sucesos que pusieron en evidencia la desafección, la que fue erróneamente calificada como *malestar* por el PNUD en 1998. Por una parte, la brusca y sorpresiva elevación de la votación nula y en blanco con ocasión de las elecciones legislativas de 1997 (que además se

tradujeron en un marcado declive de la votación por la democracia cristiana), y, por otra, la publicación del informe del PNUD, en el que se ponía en evidencia una verdadera crisis de la confianza interpersonal de los chilenos, así como con las instituciones públicas (y en primer lugar las políticas). Como se recordará, es en aquel entonces que estalla al interior de la coalición gobernante (la Concertación) un sordo debate entre quienes se mostraban satisfechos con lo obrado y gobernado, y aquellos otros que se decían disconformes con el balance tras ocho años de gobiernos de centroizquierda: es el célebre debate entre las elites autocomplacientes y autoflagelantes, el que fue abortado por el presidente Frei en calidad de *primus inter pares*.

Así las cosas, a cada uno de estos estados correspondían conductas normativamente desviadas, de muy desigual intensidad, pero no por ello lo suficientemente potentes para clasificarlas como parte constitutiva de un *malestar*. Es este tercer estado el que se traduce en formas de rabia, y hasta de ira con las elites, varias de las cuales tuvieron lugar bastante antes de la administración Piñera, aunque las más importantes ocurrieron a partir de marzo de 2010. Al respecto, es importante no perder de vista que el informe del PNUD de 2004 ya estaba registrando la incubación de este malestar: “Los chilenos y chilenas tienen un problema con el poder, el cual a menudo se expresa en la vida cotidiana como bloqueo o abuso, y luego en actitudes de desquite hacia los más débiles”.<sup>7</sup> La novedad reside en que, a contar de 2010, son varios los episodios ya no de desquite con quienes les siguen en la escala de la dominación, sino de rabia dirigida hacia los más fuertes.

Precisamente porque se trata de una estado social largamente incubado es que se puede hipotetizar acerca de los orígenes del malestar, el que aflora, por primera vez, en el gesto iracundo de una estudiante

1. María Angélica Thumala (2009), *Riqueza y piedad. El catolicismo de la élite chilena*, Santiago: Debate.

2. Rodrigo Cordero (2003), *La socialización de la élite parlamentaria en Chile: sitios de interacción social en la formación de los diputados de la antigua (1961-1973) y la nueva democracia (1990-2002)*, tesis para optar al grado de magíster en sociología, Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile; Sebastián Huneus (2010), *Las estrategias matrimoniales de la elite económica chilena*, tesis para optar al título profesional de sociólogo, Santiago: Universidad de Chile.

3. Alfredo Joignant y Pedro Güell, editores (2011), *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las elites en Chile (1990-2010)*, Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales.

4. Eugenio Tironi (1999), *La irrupción de las masas y el malestar de las elites*, Santiago: Grijalbo.

5. Sigmund Freud (1996), *El porvenir de una ilusión, el malestar en la cultura y otras obras (1927-1931)*, Buenos Aires: Amorrortu.

6. Por ejemplo, por Brunner en su intento de rebatir el informe del PNUD de 1998, *Las paradojas de la modernización*. José Joaquín Brunner, “Malestar en la sociedad chilena: ¿de qué, exactamente, estamos hablando?”, *Estudios Públicos*, 72, 1998, 173-198.

7. *Desarrollo humano en Chile. El poder: ¿para qué y para quién?*, Santiago, PNUD, 2004, 56.

lanzando un jarrón de agua al rostro de la entonces ministra de Educación Mónica Jiménez. La reacción no se hizo esperar: entre amenazas de expulsión y críticas a la niña por carecer de modales, estas dos represalias de naturaleza administrativa y moral condensan por sí solas el significado asociado a la rabia, esto es, un desafío a la autoridad. Sin embargo, el bullado escándalo de la multitienda La Polar es probablemente el más espectacular de estos episodios, en donde la agresión a los locales, guardias y funcionarios apenas disimula la ira hacia sus propietarios. Es en esta misma línea argumental que cabe situar el duro reproche que lanzó por televisión el vicepresidente de la FECH, Francisco Figueroa, a quien fuese uno de los fundadores de la Concertación y ministro de Educación, Sergio Bitar, al que se le imputó una responsabilidad principal en el origen de la crisis estudiantil que derivó en movilizaciones sociales de magnitudes nunca antes vistas desde el retorno a la democracia. Y si se trata de multiplicar los ejemplos de episodios de desafío al poder de las elites, sean éstas económicas o políticas, cómo no recordar el gesto colectivo cargado de hostilidad estudiantil hacia el ministro Joaquín Lavín al término de un seminario, o el escándalo provocado por una denuncia periodística en la que aparece involucrado un poderoso empresario, Eliodoro Matte, por haber solicitado al fiscal nacional Sabas Chahuán una entrevista para informarse sobre la investigación por abusos sexuales en contra de menores por parte del sacerdote Fernando Karadima, y tal vez intervenir en ella.

En todos estos episodios, es imposible no ver desafíos a la autoridad –cualquiera sea ésta– y al poder detentado por grupos poderosos. Se trata de desafíos que constituyen agravios para las elites, pero en los que subyacen rencores, enojo y abierta hostilidad de quienes han experimentado las relaciones de poder desde condiciones

históricas de resignación, reclamando directamente en contra de quienes dominan en campos sociales enteros, o derechamente en el campo del poder en Chile.

Naturalmente, por muy frecuentes que estos episodios hayan sido, no significan que se estén configurando en Chile condiciones generales de rebelión política y social. Como era de esperar, las elites también han hecho gala de su descontento en varias ocasiones, y no sólo en el marco de disputas con contraelites.

... al malestar de las elites

No han sido pocas las situaciones de disputa entre elites rivales (por ejemplo políticas, tanto al interior del gobierno como en el seno de la oposición), como tampoco han sido escasas las manifestaciones de descontento con elites sociales, gremiales y sindicales explícitamente dirigidas a aquellos dirigentes que se han mantenido en posiciones de liderazgo por muchos años, y hasta por décadas (Arturo Martínez en la CUT, Jaime Gajardo en el Colegio de Profesores o Raúl de la Puente en la ANEF). Sin embargo, lo más interesante ha sido la expresión de genuino malestar de agentes individuales que forman parte de tal o cual elite ante lo que les parecen que son formas de desacato social a la dominación.

En tal sentido, resulta muy aleccionador el episodio de ofuscación por parte de dos conocidos panelistas de un programa de conversación (Cristián Bofill y Fernando Villegas, en *Tolerancia cero*) ante la rebelde tranquilidad mostrada por dos de los principales líderes estudiantiles (Camila Vallejo y Giorgio Jackson) en el contexto de las movilizaciones de 2011. No muy distinto fue el notorio enojo con los dirigentes estudiantiles por parte de la ministra del Trabajo, Evelyn Matthei, al tratar a uno de ellos de “señorito Jackson”, un giro del lenguaje revelador de lo que se encontraba en juego: al colocar al presidente de la FEUC

en posición de individuo privilegiado por la cuna, su liderazgo en el movimiento se tornaba incomprensible y por tanto sospechoso, deslizándose un manto de duda sobre la congruencia entre la condición de origen del *homo socialis* y su acción pública de *homo aequalis*. Nuevamente es posible rastrear formas tempranas de este malestar de las elites, por ejemplo políticas; desde el enojo de un diputado por haber sido filmado sermoneando a un carabinero al momento de cursarle un parte hasta el estallido a duras penas contenido del ex ministro Bitar ante la crítica de otro dirigente estudiantil, en vivo y en directo por televisión. Lo importante es que, en todos estos episodios, lo que se aprecia son formas evidentes de resistencia ante el desafío de quienes carecen de poder o autoridad individual, y es lo que permite hablar de expresiones de malestar de las elites, precisamente en reacción a las innumerables expresiones de desacato que se acumularon en poco tiempo.

Lo anterior indica cuánto está cambiando la sociedad chilena, y cuán amenazadas pueden sentirse las elites de hoy, partiendo por las políticas. No es una casualidad si la reacción mecánica, casi en formato de reflejo condicionado, es el llamado a negociaciones, con el fin de aplacar el malestar. Como tampoco es fruto del azar si las negociaciones apuntan principalmente a resolver quejas y reclamos en áreas acotadas de la existencia, llámense éstas educación o salud, y sólo a regañadientes a reformar las reglas políticas y sociales del juego, desde el sistema binominal hasta mecanismos de movilidad de las personas.